

Contradecir la historia, emplumar la lengua

Luisebastián Sanabria

Artista, escritor y editor. Marica, de provincia, luissanabria@gmail.com

Mi abuelo, mi padre y yo, una escena que no recordaré. Todos alrededor de nosotros, formando una medialuna, aplauden, se ríen, gritan. Me inquieta. Para mi familia esa foto será el registro de una celebración; para mí, la evidencia de una expectativa sobre la continuidad de la vida que el abuelo construyó. Mis padres y sus hermanos creen que la herencia, además de incluir el espejismo de un botín que no existe, implica el desafío de mantener en el tiempo el buen nombre, el significado del apellido de una familia —como si fuera una empresa— que debe seguir edificando a lo largo de la calle principal del pueblo, sin la ambición de mudarse a la ciudad, porque la ciudad es lo desconocido.

Estamos en El Playón, a noventa minutos de Bucaramanga, vía la costa. Hace calor. Las bocinas de las motos y las mulas producen una cacofonía al mezclarse con los vallenatos que suenan en todos los piqueaderos. El pueblo es ensordecedor, tiene el poder de cubrir con ruido cualquier grito, las señales de alerta. Aquí vivimos mi padre, mi madre, mi hermana y yo.

Estamos en la casa, en la parte trasera del Portal, la bodega de mi padre —yo la cruzo para llegar a mi habitación, donde construyo mentalmente una esfera—. Si me voy de la escena, de la foto —bajándome de las piernas de mi abuelo, pasando por debajo de la mesa, cuidando el pastel con sabor a vino—, creo estar sobre mi cama, a salvo. Podría dibujar figuras en el techo, como en el piso, pero mi habitación está decorada igual que la de los otros niños. Estoy rodeado de juguetes, de muchos juguetes, cuando los vecinos vienen a jugar conmigo creen que mis papás tienen más dinero del que deben. Mi papá tiene aquí adentro sus carros, el legado; intenta que yo, aunque no sepa cómo son los hombres, me parezca a él, al abuelo, que me pare erguido, que se me engruesa la voz, que diga: Todo esto es mío.

Me levanto de la cama para agarrar la máscara de mi superhéroe favorito y la miro, la miro y me pregunto qué quiero ser cuándo grande.

¿Por qué ser un héroe de capa y espada si puedo pasar los días trenzando las muñecas de mi hermana?

Mi papá, cuando habla, no dice mucho, y sé que está triste, de solo verme, de saber que no seré como él. Nunca. Entonces entra a la habitación a organizar los carros, uno a uno, por tamaños, pone a un lado del escritorio —sobre mi cuaderno y mis lápices— la caja de herramientas: por si alguna rueda se tuerce.

Dejo la máscara sobre la mesa y tomo uno de los carros, el único que me gusta. Es un carro —colorido y con ojos—, y también un teléfono, útil para las emergencias. Tengo la urgencia de salir corriendo, un impulso del pasado —la bicicleta sin asistencia, con todos los cambios, para rodar en pendiente; o los tenis que compraré en el futuro, para no sentir las rocas cuando las pise—. Lo levanto, como si alguien llamara; en el auricular no se oye nada. Hablo, digo cosas, balbuceo, el micrófono tampoco funciona. Cierro los ojos: el cable de energía que le da vida al carreteléfono, y mi voz, que por fin se escucha: ¿Señorita?, sí, quiero mis juguetes, los que elegí, es importante la cocina, no solo el juego de ollas, también la nevera y el horno. Revise, por favor, si están los huevos, la caja de galletas. Y mi delantal, que sea blanco. Además de eso, le pediré maquillaje, sombras, cepillos y un secador. No olvide los vestidos, preferiblemente con canutillos, lentejuelas, bordados a mano. Gracias. Cuelgo el teléfono y me doy cuenta de que no he salido ni un segundo de este lugar, de esta casa que no es la mía. Sigo en mi esfera, desde aquí imagino otra realidad, paralela, sincrónica a las que veo en la televisión. Pero el impulso no sobrevive a la rudeza de mi

papá, se pierde en la altura de la bodega, entre los bultos de café y cacao. Pongo una mano sobre mi pecho, palpita; no sé de dónde viene, pero algo se mueve dentro de mí.

Quiero posar frente a la cámara otra vez —no con uniforme, no antes de ir al jardín, en ninguno de los escenarios que mi madre escogió para mis retratos (me exhibe como si fuera su trofeo, su creación, ¿lo soy?)—. Quiero una foto de mí, con los juguetes de mi hermana, con los que mis primas traen cuando vienen de visita, con el muñeco que le robé a una de ellas. Agarrarlos como si fueran míos y ampliar el tamaño de mi esfera. Flash.

Miro las fotos, los juguetes, fascinado con mis poses, con el quiebre, con mi orgullo. Se repite la sonrisa, la emoción desbordada de haber sido retratado. Los juguetes ya no importan, podría mantener la posición sin tener nada en las manos, poniéndolas sobre las caderas, entallando mi cintura con los dedos. Estas fotos me servirán para reconstruir el camino, para escribir la trayectoria, las recordé.

Salgo del cuarto y voy al de mis papás —entretenidos en la sala—, aprovecho para perderme entre la música, los globos y el confeti. Tantos colores y mi papá se empeña en que las cosas —mi cama, mi escritorio, mi silla, mi morral y mi baúl— sean rojas. Entro al cuarto, abro el armario y en el revés de la puerta está el espejo. Me miro, despojado de las máscaras, practico los ángulos. Cascorro, me dice el esposo de una tía. A mí me gusta lo arqueadas que están, abrir paso.

Me sigo mirando, hipnotizado con mis curvas, y me veo saliendo de esta habitación, a mi antojo, con los brillos de los vestidos, desfilando para los invitados, muevo las manos para hacer más intensa la caída. Mis padres me miran con vergüenza, me miran y admiten con su silencio que no podrán esconderme, que en el pueblo hablarán de mí, que el apellido corre peligro, que soy la amenaza del linaje.

—¿Dónde vio eso?

—¿Quién le enseñó?

—¿Cómo sabe vestirse si todavía le amarran los cordones? —se preguntan.

Les hablo de los personajes jugando en el armario, que salen de las habitaciones siendo otras;

sonríen, sonríen como si mis ojos frente a la tele fueran una cámara fotográfica. Flash. Que no vea más eso, me dice mi papá, que salga a la calle a jugar con los niños, que dé patadas; que no puedo ser suave, me repite, que cortarán la parábólica si sigo creyendo en todo lo que veo.

—En la oscuridad creo yo.

Me rasga el vestido, como la falda plateada de mi mamá —se la quitó de un tirón, ella no podía salir de casa con esa abertura—. Se volverá un marica, le dice el esposo de mi tía, escándale la ropa, quemé las muñecas. Opina, aunque a nadie le importe. Bate y calienta la cabeza de mi papá, deja rastro, heridas —dentro de él, obsesivo con sus pensamientos, quien los supervisa como el café al sol en el patio—.

Si yo fuera un grano de café mi papá me vería de lejos, me sacaría del bulbo, cubierto de broca. Una plaga, desde África, echando a perder la promesa. Un milagro, grita, un milagro del señor para salvar esta cosecha que es mi hijo que no sabe qué hacer con las manos. Ni con las piernas, suplica.

—Mi cuerpo, papi —le respondo—, eso hago, aquí está mi ombligo.

Él quiere vendarme los ojos, en sus expectativas ya está fundido un deseo que contamina las imágenes de mi adolescencia, de mi juventud. En su cabeza estoy expuesto, soy vulnerable, me atravesan, terminan conmigo. Sueño con crecer y decir que lo que siento tiene un nombre. Mientras tanto, los insultos, los sugestivos que son los jornaleros cargando bultos —sus brazos, el sudor—, los muleros, también los de las motos —sus piernas, los paquetes—, los clientes, y él —sin nombre toda vez—, quien paciente me espera lejos de aquí: allá, donde los ruegos de mi papá no se escuchan.

En la sala están mis tíos, sus esposos, nadie del pueblo. ¿Por qué?, pregunto. Mejor que no sepan tanto sobre nosotros —sobre mí, siento—, que se quede entre familia, dice mi mamá.

—¿Vas a esperar a que el agua te llegue al cuello?

Mi papá se puede parar adelante, montarse encima, quemarme con las muñecas, pero ni siquiera en la ficción que le permite vivir podrá ocultarme. Además, ¿por qué decir que soy otro, si él habla sin rodeos, si solo dice la verdad? Puedo ser el

narrador, advertir a los vecinos de la profundidad de mi emoción, contar la vida que no se escribe. No me iré de aquí sin que me vean. Espero. Iré al patio a sembrar un árbol de manzanas, y el calor no dejará crecer la semilla, papi no podrá afirmar que mi boca es el pecado, no me quitará su amparo.

Si miro a los esposos de mis tíos, a mi primo, ninguno es yo, pues soy el único que se ha atrevido a vestir. Si reviso los pocos libros, los dibujos, no tengo amigos, no los he imaginado. En la puesta de sol —en la pintura sobre el comedor— hay una casa vacía. Entro para verlos desde ahí, para entender cómo está servida la mesa, y esta vez contemplarme con los trazos, con el horizonte. No tengo cómo saber qué soy, de qué estoy hecho, qué quiero ser cuando grande, si no he encontrado aún el lugar adonde partir. Mi papá insiste en disfrazarme —Superman, Batman, el Capitán América—: Hulk, me dice, a usted que le gustan tanto los colores.

—Papi, es hora de ver crecer las hojas.

Cuando miro mi muñeca, cuando miro su mano, me doy cuenta de que nuestros relojes son diferentes —el suyo parece ir más rápido—. Corro las cortinas, abro las ventanas:

—Allá, en la cancha no hay espacio para mí —le digo.

Sigue insistiendo, que si nos sentamos en la gradería aprenderemos los pases, el juego con la pelota, estar atentos a los goles: Mejor si son de mediacancha, o por el cuatro, hijo.

—No puedo correr, frágil, con los demás en mi contra.

Mejor sentarnos en el escritorio, escribir, sacar los lápices, imitar la letra de los almacenes donde hacen cartas a mano, donde las adornan con dibujos, donde el papel huele a jardines. Mejor, papi —pienso—, desenredar la letra, llenar los cuadernos, como tus libros de contabilidad.

Él me mira, sin saber qué responder, con la mirada fragmenta mi cuerpo, quiere opacar los brillos de mi vestido.

Cada vez que mi papá se pregunta qué hacer conmigo, cada vez que el esposo de mi tía expone sus

ideas para borrar mis maneras, yo construyo la esfera —en la sala, en la cocina, en la calle, en el pueblo—, estiro las manos, los pies —amasando la cúpula, ampliando el perímetro— y empiezo a disponer mis cosas —la cama, el escritorio—. Creo estar a salvo, entero.

En la habitación de la entrada —el cuarto de San Alejo, le dice mi mamá— guardamos los globos del cumpleaños del abuelo, que terminó después de la foto en la que salimos mi papá y yo. No veo el techo. Ni el piso. Solo colores. Me hago contra la pared, quiero jugar con mi papá, aprovechar que ya no hay nadie, que se fue el esposo de mi tía. Lo llamo.

—¿Dónde está? —me pregunta.

—Aquí.

—¿Dónde?

—Aquí —le insisto, esperando que me encuentre.

Se aproxima, escucho su voz, quiere confirmar si estoy donde él supone.

—Hijo, ¿qué tan cerca estoy de ti?

—Aquí, aquí, aquí.

Abre la puerta, los globos salen, se caen, una avalancha. Mi padre no me puede ver, solo colores, esferas.

—Una aguja, papi, un alfiler.

Boom.

—Aquí.

Boom.

Los globos van cubriendo el piso de la entrada, la sala.

—Ya casi, papi.

Boom.

—¿Dónde está?

—Aquí.

Boom. Boom. Boom.

—En el centro.

Él no me ve.

Tiembla, mis piernas en el escenario. A mi padre no, pero en su cabeza —como en la meseta que es la ciudad desconocida— las cosas se mueven, la tierra se sacude. Reconozco su voz desde lo lejos,

desde la fachada de El Portal al patio, por encima de los ruidos del río. Agoniza. Nadie más lo percibe. Con el timbre de la voz disimula su tristeza. Se sienta detrás de la caja, del dinero, decepcionado, los números no le dan, hay un descuadre, soy yo. Todo se puede perder, pienso, torcerse en las curvas del cañón. Lo tuerzo con las manos, los lápices y mi cuaderno. Garabatos. Escribir: Mi papá dice: “la verdad nos hará libres”, “primero cae un mentiroso que un cojo”.

—Me caigo, papi, sobre lo que has construido. Se me salen las púas de los intestinos, el apéndice, los tornillos de la cama, las fotos del álbum regadas en el piso con los globos.

Todo desordenado, tirado, juego a inventar el tiempo, reservo espacios para los retratos del futuro. Cuando sepa escribir con la mano izquierda, podré decir: 1991, nací. 1993, mi lonchera morada. 1995, mi barriga en el mar es una cascada. 1997, no me dibujaron girasoles en las mejillas. 1999, este uniforme no es mío, no es mi talla. 2001, detrás de la pared estoy con la toalla, colgada en la cabeza. Describir en voz alta todos los disfraces, un rayo de luz, un poco nada más, aquí, en el tórax, mis dientes de leche intactos. Mi lengua. Emplumarla.

—¿Y las otras fotos? —me pregunta mi papá.

—¿Cuáles?

—En las que se veía varón.

Esa ficción es tuya, papi, no está mi cuerda rosada, ni los stickers de fruticas, ni mis tenis con luces, no parecen mis pies empinados. No quiero esta habitación, tampoco los juguetes con los que es imposible imaginar la vida. No, ya no quiero disfrazarme, no quiero creer que soy fuerte, que mis brazos crecerán, que mis venas serán líneas en relieve.

—Prefiero ser un Frankenstein.

Aquí están las costuras, mis estrías. Teresa, Raquel y Christie, después del baño, con los vestidos que les hice, la tela de los pantalones que no uso. Probar sus voces, descubrir la mía. Volver al espejo, recogerme el pelo, detrás de las orejas, sí, soy el reflejo.

—¿Y El Portal?

—Que quede en ruinas, hasta encontrar la salida. □



Henry Caliche, serie La Guerra que no hemos visto, 2007-2009, "El campamento de la fiesta"